

BENITO JUÁREZ, DOCUMENTOS, DISCURSOS Y CORRESPONDENCIA *

Es bien sabido que entre los temas que más obsesionaban al gran escritor argentino Jorge Luis Borges estaban las bibliotecas y los laberintos. Unas y otros aparecen de manera reiterada en sus escritos. La biblioteca es, en sí misma, un laberinto. Es el vasto recinto que trata de encerrar entre sus paredes, acaso inútilmente, el conjunto total del saber humano. Las bibliotecas se componen de libros y cada uno de ellos es, por su parte, un laberinto, un espejo que refleja la infatigable sed humana de crear, comunicar, debatir, convencer, interpretar el mundo.

Pero ¿qué es un libro? El diccionario de la Real Academia Española indica que la palabra proviene del latín, *liber, libri.*) y define, en una primera acepción, al “Conjunto de muchas hojas de papel, vitela, etcétera, ordinariamente impresas, que se han cosido o encuadernado juntas con cubierta de papel, cartón, pergamino u otra piel, etcétera, y que forman un volumen.

* Obra compilada por Jorge L. Tamayo, edición digital en CD coordinada por Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (2006) México, UAM Azcapotzalco. Con otras cinco ediciones especiales para Oaxaca, Michoacán, San Luis Potosí, Gobierno del Distrito Federal y Zapopan, Jalisco.

[En una segunda acepción, libro es aquella] Obra científica o literaria de bastante extensión para formar un volumen, que puede aparecer impresa o en otro soporte.” Esta última acotación, la de que una obra “puede aparecer impresa o en otro soporte” fue introducida por la Academia en la vigésimo segunda edición de su *Diccionario*, editada en 2001. La edición anterior, de 1992, no contemplaba todavía esta posibilidad. Es evidente que algo en relación con los libros ha comenzado a cambiar.

A los bibliómanos nos gusta sentir el libro entre las manos, acariciar sus hojas, pasarlas de atrás para adelante, de adelante hacia atrás, mirar sus portadas y sus imágenes (cuando las tiene), aspirar su olor y, sobre todo, enfrascarnos horas y horas en la tarea de descifrar su contenido. De un conjunto limitado de caracteres alfanuméricos brota un universo entero.

Ahora, en lugar de 15 volúmenes de más de mil hojas cada uno, que ocupan con sus lomos anaranjados poco más de sesenta centímetros de nuestro librero favorito, tenemos esta cajita de menos de cuatro milímetros de espesor que resguarda un disco de un milímetro de espesor, 11.9 centímetros de diámetro. La información que resguardan esos quince

volúmenes y este disco es la misma. Los bibliófilos tendremos que resignarnos y aceptar este salto de la tecnología. Hay otra cosa más importante aún: la posibilidad de la reproducción. Ignoro la proporción, pero sé que es infinitamente más barato editar un disco que quince volúmenes. Tal vez sea más ecológico. Sobre todo, y esto es lo más importante que hay que atender aquí, se tiene la oportunidad de hacer que los libros lleguen a un mayor número de personas, a mucho menor costo, para cumplir con el propósito fundamental de todo libro: *ser leído*.

En este caso, un paciente e infatigable estudioso, el ingeniero, el geógrafo, el historiador, el disciplinado ¿cómo calificarlo sencillamente?, el *erudito* Jorge L. Tamayo, auxiliado por familiares y amigos, se entregó a la monumental tarea de localizar y compilar los papeles de Juárez, sus escritos, sus cartas, sus discursos. Fue una labor de años, de décadas, realizada en paralelo junto a las otras pasiones de Tamayo, la geografía nacional, la docencia en las más importantes instituciones educativas del país, la ingeniería hidráulica, la agricultura, el servicio público. Hace setenta años, en octubre de 1936, se graduó de ingeniero civil y comenzó su amplia y diversa carrera profesional. Nacido en 1912 en la ciudad de Oaxaca, Oaxaca, desde muy pronto admiró a su paisano Juárez viendo en él no sólo a una figura eminente del pasado nacional, sino sobre todo a una figura que valía la pena imitar en su pasión y su disciplina, cuyo pensamiento era necesario reivindicar dándolo a conocer al público con toda su fuerza y vigencia.

En 1957 publicó el *Epistolario de Juárez*, revisado y ampliado en su reedición de 1972, donde daba a conocer documentos juaristas poco estudiados hasta entonces,

y anunciaba su intención de hacer de Juárez no un monumento nacional, sino un pensador vigente, un auténtico guía para la acción de México y de los mexicanos por entero. La misma intención, pero ampliada, tuvo el magno esfuerzo de editar *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, cuyos 15 volúmenes se publicaron entre 1964 y 1970. Aunque siempre es de admirarse el trabajo de alguien que dedica años a juntar papeles de personajes importantes, Tamayo llevó al extremo su tarea de disciplinado compilador.

Estudió todo lo que encontró en torno a Juárez, comparó, cotejó documentos que ya habían sido previamente publicados con los originales que iba encontrando, anotó sus diferencias y, sin emitir juicios, dejó al lector la tarea de decidir cuál versión se aproxima mejor y de manera más fiel al pensamiento juarista. Los documentos ordenados cronológicamente son presentados cada uno por Tamayo, quien indicó con claridad su procedencia, anotó su contenido y lo relacionó con la vida y obra de nuestro gran prócer nacional. Tamayo también discriminó: en esta obra no reunió todo lo que encontró de Juárez y sobre Juárez, sino lo que consideró indispensable. No es poco, como podrá apreciar cualquiera que revise los quince tomos o, en este caso, el disco compacto que los reúne.

Uno piensa en Juárez como se puede pensar en otros grandes de nuestra América, en Bolívar, por ejemplo, que fueron estadistas, generales, líderes y defensores implacables de sus naciones. Entre tantas tareas que enfrentaban, ¿a qué hora escribían o dictaban tantas cartas, tantos documentos, tantos discursos que después fueron pronunciados? ¿A qué hora comían?

¿Dormían? Por eso los tomamos como ejemplos, y rescatamos su pensamiento porque contiene, me parece, la justa dimensión de lo que deben ser nuestras naciones americanas.

El neoliberalismo pretende reducir el liberalismo a unas cuantas reglas sobre la hipotética y falaz economía de libre mercado. El liberalismo es mucho más que eso, es, para decirlo en pocas palabras, un pensamiento libertario. Nadie mejor que Juárez para enseñárnoslo, para insistir una y otra vez sobre el irrevocable derecho de los pueblos y de las naciones a su autodeterminación, a su vida en libertad y en justicia igualitaria.

La reedición de la obra de Benito Juárez cumple a cabalidad con la máxima martiana: "La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra América es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas." Afirmaba también Martí, que "pensar es servir" y que "gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador."

Éste es Juárez, pensador, servidor, creador, tronco de nuestra república. Difundir

su pensamiento ampliamente es contribuir a otro cimiento liberal, la educación universal, indispensable a los pueblos libres, a las mujeres y los hombres libres. Se persigue ese objetivo cuando se reproduce la obra de nuestros padres fundadores. Acaso en un futuro nuestras bibliotecas cambien por completo. Quizá sean virtuales, quizá estén en el no lugar del ciberespacio, asequibles cada vez más a un mayor número de gente. Los nostálgicos bibliómanos echaremos de menos nuestros preciados objetos de hojas, pegamento, hilo y cartón. Pero probablemente estaremos más próximos a la biblioteca total que vislumbró Borges.

Bienvenida sea, pues, esta reedición en disco compacto de la obra de Juárez compilada con tanta paciencia, con tanto amor y cuidado por el ilustre ingeniero Jorge L. Tamayo. Bienvenida la iniciativa de Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, coordinador de la edición digital, así como la labor de todo el equipo que se hizo cargo de verter esta gran obra de varios volúmenes, a la densidad y ligereza de un disco compacto.

Ernesto Aréchiga Córdoba

Universidad Autónoma de la Ciudad de México